

In memoriam

Fermín Fèvre, Florentino Jiménez Toma e Ignacio López Quispe

Alfonso Castrillón Vizcarra



La inesperada noticia de la muerte de Fermín Fèvre, el 6 de junio de este año a consecuencia de un accidente automovilístico, causó gran conmoción en el medio intelectual latinoamericano. Fermín había pasado varias veces por Lima, donde tuve la oportunidad de conocerlo; también conversamos en Buenos Aires alguna vez y participamos como jurados de algún premio de pintura. Comprendí entonces que era un hombre de muchas lecturas y que se distinguía por decir las cosas claramente y con gran sencillez. Le interesaba sobremanera el arte precolombino y la última vez que nos vimos, seis meses antes de su trágico fin, lo comprometí para que escribiera sobre un

tema de su especialidad que publicaríamos en el primer número de ILLAPA. Se ve que el plazo que le di fue muy corto pues esa vez no pudimos contar con su trabajo. Sin embargo, como tenía mucho interés en que leyera nuestra revista, se la envié por correo y algunos meses después, el 12 de mayo del 2005, me la devolvieron con la anotación "cerrado/ausente". No satisfecho se la volví a mandar, en el mismo sobre, con un amigo que viajaba a Buenos Aires. Semanas después, al preguntarle a este buen amigo si había cumplido con mi encargo, me dio la ingrata noticia.

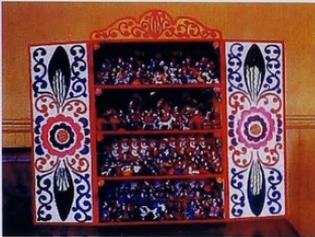
2005 ha sido también un año de luto para las artes populares peruanas. Nos han dejado Florentino Jiménez Toma e Ignacio López Quispe, maestros que perpetuaron la tradición figurativa andina, cada uno por distintos caminos, pero en el fondo iguales en el espíritu de representar en sus trabajos las vivencias del campesino de la sierra.

El primero, nacido en 1935, fue un artista original que introdujo cambios sustanciales en la estructura del cajón de *San Marcos*, pieza que se transformará en el difundido Retablo,

saliéndose de la tradición para llevar a sus representaciones el aliento de la vida



diaria, de las faenas y creencias populares, de las fiestas como de las horas de dolor. Aunque realizó piezas de tema religioso, fue hombre de gran sensibilidad social que siguió el camino de la desacralización del *Sanmarcos*, para llenarlo de escenas palpitantes de historia civil, como la “Batalla de Ayacucho” o “La cola de kerosene en Ayacucho”. De él dice Edilberto Huertas en un documentado trabajo: “(...) don Florentino a través de su obra, ha demostrado que la calidad de ella se inscribe en el mejor arte, y además es popular, porque no sólo (con maestría) ha sabido rescatar contenidos primordiales a los grupos mayoritarios con los cuales ha convivido, sino que ha llegado a expresar con nitidez los sentimientos más profundos de estos mismos grupos.”



Ignacio López Quispe, hijo del famoso imaginero Don Joaquín López Antay, personaje paradigmático del arte popular peruano, nació en Ayacucho y desde niño aprendió de su padre el oficio de confeccionar los cajones de San Marcos. Aunque en algunos años de su juventud se dedicó a la agronomía, nunca dejó de hacerlos. En la década del ochenta, junto a su esposa Eulalia Padilla realizaron retablos con temática innovadora con motivos procedentes

de la selva. Celoso guardián del legado de su padre, creó junto a su familia la Casa Museo Don Joaquín López Antay donde se exhibían algunos trabajos del famoso artista popular y de su familia.

Queremos terminar con los versos del poeta huanca que resumen la tristeza de la despedida pero dejan abierto el camino de la esperanza:

“Aún los que nos
fuiamos
dejando el amor
a la intemperie
volveremos
por los caminos
de la aurora”.

“Y
a nadie le
faltará motivos
para cantarle
a la vida”.

(Martín de Chuqllá,
“Coral del interior”)